

Happening Mongol



Lo de que Dalí es un personaje televisual queda fuera de duda. Recientes están todavía sus comentadas declaraciones a TVE. Es un personaje eminentemente noticiable. Y si disfruta ante un simple fotógrafo, aún lo pasa mejor delante de unas cámaras de TV, que le dan pie para derrochar gestos y palabras. Quizá no haya una sola televisión en el mundo sin una entrevista con Dalí. Cuando de extravagancias se trata, a él acuden. Y Dalí accede siempre... después de observar el número de ceros que ponen a sus honorarios. Por amor al arte, nada. Aunque se trate de autopublicidad, el dinero por delante. La historia ha vuelto a repetirse, esta vez, a instancias de la televisión alemana. Una cadena de Colonia le propuso realizar un mediodrama de sesenta minutos sobre el sugestivo y exótico tema de "Viaje a la Alta Mongolia". Dalí sería catalizador, protagonista y autor de los "gags". La filmación fue iniciada hace cosa de un año en Nueva York, continuó en Cadaqués y será rematada el próximo noviembre en París.

—Lo hacemos así porque hemos de adaptarnos a las disponibilidades de Dalí.

Granollers fue el escenario escogido para el número fuerte: un *happening* chino, para el que Dalí solicitó la presencia de mil personas. Aunque sus deseos hubieran sido disponer de amarillos de origen, en el momento de la verdad debió conformarse con gente de la casa convenientemente ambientada. Lo de Granollers tuvo mucho de Carnaval agosteo. Se trataba de que Dalí pintase sobre un enorme lienzo, utilizando la pintura contenida en cinco bidones. El genio de Cadaqués realizaría su obra utilizando mangueras. Ese era el proyecto y muy distinta la realidad. Las tres mil personas reunidas en la plaza Mayor de Granollers impidieron —quizá por entusiasmo al divino— llevar a cabo el programa. Cuando Dalí apareció en el recinto se le echaron encima y estuvieron a punto de aplastarlo. Tan mal lo pasó que ni siquiera pudo esquivar un chorro de pintura blanca que ensució su bien cortado y usado traje de rayas diplomático. Tras limpiarse con un pañuelo gritó: "¡Bra-voool!", por aquello del qué dirán. Pero enseguida se retiró al Ayuntamiento huyendo de estas lluvias pictóricas. Sin embargo, el realizador del programa le pidió que cogiese una cámara y simulara que estaba filmando. Nueva salida, más apretujones y pronta retirada. A falta de poder realizar ante el público el número fuerte que llevaba montado, lo improvisó en la antesala del despacho del alcalde. Allí situó estratégicamente a tres chinas que le habían acompañado y a una pareja de alemanas vestidas como para salir en una ópera de Wagner, sin olvidarse de un "hippy" que le entregaría un nardo. Cuando la "mise en scene" estuvo dispuesta, Dalí puso un gesto emocionado, se arrodilló y fue coronado por una de estas walkirias de cartón-piedra. Con la corona sobre las sienes, Dalí salió al balcón del Ayuntamiento, desde donde siguió el proceso creador del "cuadro" realizado por el público. Y rió de buena gana al comprobar que más de un manguerazo olvidaba el camino de la tela y se dirigía al público. Algunos de los participantes eran un puro color de empapados que estaban. Tras la ojeada, Dalí nos contó datos concretos del programa televisivo:

—Será estrenado en todo el mundo durante la Navidad del setenta y cinco. Se trata de reflejar los ideales dalinianos a través de fórmulas esotéricas. Será algo muy da-li-niano. Es una película experimental, que servirá para hacer conclusiones filosóficas. El film trata de exaltar el poder de comunión que Dalí logra sobre el pueblo. Yo no salgo en toda la película, porque no habría dólares con qué pagarme. Me limito a reforzar la intensidad de algunas escenas. Acepté esta oferta porque no se trata de un negocio. Ni para ellos ni para mí.

Sin poder realizar el proyectado lienzo, coronado en "petit comité", podría creerse que Dalí resultó desilusionado. Sería no conocerlo. Porque, aunque abandonó el Ayuntamiento saliendo por una puerta falsa, sin que el público lo advirtiera, él estaba más que satisfecho con el "show" que había provocado. Dalí no cogió ni un pincel. Pero sus seguidores acabaron con la pintura. Y hasta se la llevaron a casa. Claro que la ropa les habrá quedado inservible. Será un programa de lo más televisual. Color e impacto no han de faltarle. **Jesús Mariñas. TELE-RADIO (Agosto, 1974)** ♦